

CAPITULO XXXV.

Guerras desastrosas entre los musulmanes.—Formacion de varios reinos independientes.—Beneficioso gobierno de Gehwar en Córdoba.—
El rey de Sevilla se apodera de Córdoba.

Ya hemos visto en los capítulos anteriores, que los walefs de las provincias, poco conformes con acatar los mandatos de la série desdichada de califas que habian ocupado el trono cordobés desde la muerte de Almanzor, ni atendian á las reflexiones que algunos de aquellos les hacian, ni se conformaban con que á la fuerza se les exigiese el cumplimiento de su deber.

Habianse ido poco á poco declarando independientes, y al descender del solio musulman el último Califa, solo tuvieron que trocar la denominacion de walefs en la de reyes ó emires.

Los de Toledo, Sevilla, Málaga, Granada, Badajoz, Almería, Murcia, Zaragoza, las Baleares, Denia, Albarracin y Valencia eran los de mas estensos dominios, sin que por eso los de las mas pequeñas poblaciones y hasta los que solamente poseian un castillo, dejaran de usar aquel pomposo titulo, tuvieran vasallos, corte y ejército y hasta acuñasen moneda.

La historia no puede precisar las fechas en que cada uno de esos walefs ó alcaldes se hizo independiente, constituyendo los pequeños reinos en que se subdividió la España musulmica, pero si podemos decir que desde la muerte de Almanzor empezó á germinar la idea, y fue poco á poco desarrollándose merced al desorden del califato y á la falta de cohesion de los Monarcas españoles, que ocupados mas aun en sus diferencias particulares que en la brillante ocasion con que los infieles les brindaban, si hacian entradas y talas por las tierras que ocupaban, no tenian gran importancia.

Despues de la caída de Hixem III fue elevado al califato el hagib Gehwar, el mismo que tan eficazmente contribuyera á la elevacion de aquel y que le permaneció fiel hasta el último momento.

Hagib, como ya vimos, del postrer descendiente de los omniadas, habiale aconsejado siempre con cordura y prudencia, y al ocupar el califato, gobernó con la misma prudencia y desinterés.

Comprendiendo perfectamente la situacion del imperio, conociendo sobradamente el grado de disolucion á que llegara, las ambiciones que por doquiera existian y los bandos, fracciones y partidos que pululaban en la misma corte, una de sus primeras medidas fue la de constituir un divan ó supremo consejo, del cual solo tenia la presidencia y que se ocupaba de todos los graves negocios del Estado.

Este consejo estaba compuesto de los jefes de todas las tribus, es decir, que todas las ambiciones particulares estaban allí concentradas, que todas estaban satisfechas, puesto que ejercian el mando y él no afrontaba la responsabilidad de los actos que se llevaran á cabo.

Segun refieren los historiadores arábigos, cuando se le hacia alguna demanda en particular, cuando se le trataba de interesar en algun negocio contestaba invariablemente: «Yo no puedo resolver por mí en ese asunto; eso pertenece al Consejo, y yo no soy mas que uno de sus individuos.»

«Moderacion desusada en tales tiempos» — exclama un erudito historiador, — y merced á la cual, á la par que evitaba contraer compromisos, halagaba á los individuos del divan, quienes veian que no se abrogaba mas facultades de las que debia.

Su modestia era tal, que vaciló mucho tiempo antes de decidirse á ocupar el alcázar, y cuando lo hizo, comprendiendo que los despallarros anteriores, el boato y la fastuosa ostentacion de los últimos Califas habian dejado desastrosas huellas en el trono, redujo de tal manera los servicios del palacio, que en vez de la residencia del jefe de la nacion parecia la casa de un simple particular, mas ó menos acomodado.

Dedicóse con particular atencion á extinguir los males que afligian á la populosa y rica metrópoli del califato, males consiguiéntes á las épocas de turbaciones anteriores, y con la creacion de procuradores, especie de jueces y fiscales encargados de las acusaciones públicas, consiguió que desaparecieran los delatores, gentes miserables que hacian comercio indigno de sus delaciones; con la creacion de los proveedores, almozarifes y alcaldes de mercados que cada año habian de dar cuenta de sus recaudaciones al divan, reprimió los abusos y las defraudaciones que venian haciéndose.

Constituyó un cuerpo de celadores de seguridad pública y wazires, que tenian á su cargo la seguridad de la poblacion tanto de noche como de dia, formando una ronda de todos los vecinos honrados, á quienes dió armas, para que vigilasen sus respectivos distritos, relevándose de tiempo en tiempo, dándose cuenta al entregarse unos á otros las armas de lo que hubiera acontecido durante el tiempo de su ronda.

Al mismo tiempo, y para evitar que los criminales pudieran buscar refugio en otro cuartel despues de haber realizado sus fechorías, mandó construir verjas ó puertas de hierro al extremo de cada calle, consiguiendo con esto dar una seguridad á la poblacion como jamás la habia tenido.

Sin descuidar un momento el abastecimiento de granos, consiguió encerrar tan copiosas cantidades en Córdoba, que se hizo el gran mercado del imperio, afluyendo constantemente negociantes de todas partes, lo que proporcionaba, como era natural, un gran beneficio á la poblacion.

Los cordobeses felicitábanse mas cada dia de la buena suerte que tuvieron con semejante eleccion, mas sin duda no pensaban lo mismo los walefs de las provincias, que en vez de agruparse junto á aquel anciano que estaba dispuesto á resucitar los buenos tiempos del califato, alejábanse de él, no acudian á su llamamiento, mostrándose dispuestos á ser pronto sus mas declarados enemigos.

Combatiéndose entre sí por la posesion de tal ó cual castillo, solo pensaban en aumentar sus dominios mas que en prestar vigor y energía al califato al cual habian ellos mismos precipitado.

Los almeries y los tadjibitas dominaban en casi toda la parte oriental.

A Almondhir, el walf de Zaragoza habia sucedido su hijo Yahia, y á la muerte de este el walf de Lérida, Suleiman-ben-Hud, el mismo que acogiera benignamente á Hixem III, se apoderó de Zaragoza.

Abdelaziz reinaba en Valencia y Murcia; Málaga y Algeciras estaban en poder de los edrisitas; Granada era regida por Zawi el Zeiri y Mohamed Ebn Abed dominaba en Sevilla.

Este, tal vez el mas ambicioso y de mejores disposiciones para realizar su ambicion, deseando como casi todos ensanchar los límites de su territorio, púsose en armas contra el sahib de Carmona.

Sitiada esta poblacion, el sahib pudo sin embargo escapar de ella y corrió á implorar el auxilio de los walefs de Málaga y Granada, los que se le prestaron, con tanta mas voluntad, cuanto que estaban recelosos del poderío que iba adquiriendo el sevillano.

Este envió contra ellos á su hijo Ismail, pero tuvo la mala suerte de sucumbir en el primer encuentro que tuvo con los aliados, y desordenada su hueste, franqueóles el paso hasta las mismas puertas de la ciudad.

Entonces, Mohamed, sospechando si Gehwar se uniría á sus contrarios procuró suscitarle una contrariedad que inutilizase sus proyectos.

Para esto hizo correr la noticia de que aquel desdichado califa, Hixem II, dominado por Almanzor primero, aprisionado por Vahda despues, y hecho juguete despues de unos y de otros, y cuya desaparicion fue tan misteriosa como habialo sido su vida, habia aparecido en Calatrava.

Por mas absurdo que esto fuese, por mas increíble que era semejante noticia, encontró entre las gentes sencillas gran número de creyentes, llegando hasta el punto de rezarse en las mezquitas por la vida del Califa y de batirse en Sevilla moneda á nombre de Hixem II.

Gehwar ni habia pensado en unirse á los enemigos de Mohamed, ni mostró tampoco gran cuidado por aquella inverosímil nueva; pero Mohamed, sin que el cordobés le asediara vióse en gran aprieto por los aliados, teniendo que sucumbir para verse libre de ellos, á que su general Ayub-ben-Ahmer, á quien envió contra sus enemigos se alzase con la soberanía de Huelva y su hermano con la de Niebla, recompensas que ambos se tomaron por los servicios que hicieron al sevillano.

Disolvióse la liga, pues cada uno de los aliados echaba la culpa al otro del mal éxito obtenido en la campaña contra Ayub, y cada uno se retiró á sus respectivos dominios.

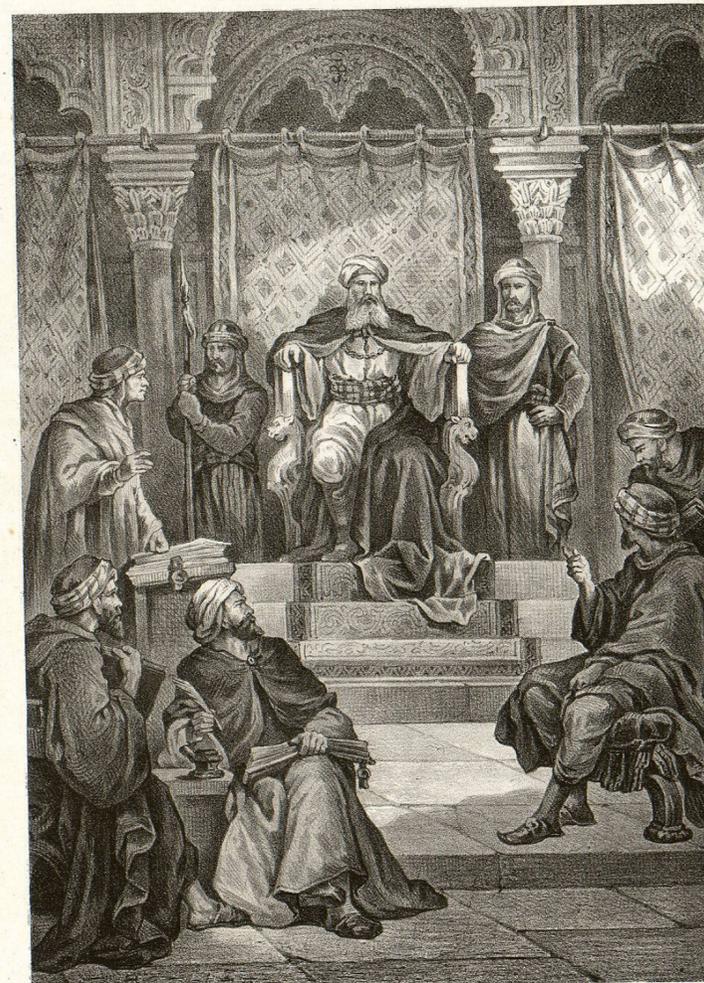
Poco despues el Monarca sevillano sucumbió á consecuencia del dolor que le causó la prediccion que los astrólogos hicieron respecto á un nieto suyo, la cual auguraba que su fortuna se eclipsaria de repente cuando en su mayor auge estuviera.

Sucedióle su hijo Abed, llamado Al-Motahdi en 1042, príncipe de buen talento, pero cruel y dado á los placeres sensuales.

Refieren las crónicas que en vida de su padre contenia su harem setenta esclavas, y cuando subió al trono elevó este número hasta ochocientas. Los cortesanos, que le acompañaban en sus orgías, bebían los líquidos dulces y aromáticos con tazas formadas por cráneos humanos, las cuales estaban guarnecidas de oro y pedrería. Estos cráneos eran los de los principales personajes de su corte, á quienes sus verdugos habian cercenado la cabeza.

Abed-Al-Motahdi guerreo contra sus vecinos, y cuando en 1044, en que por fallecimiento del califa cordobés Gehwar, sucedióle su hijo Ben-Gehwar al ver este que el toledano talaba sus campos, se apoderaba de sus ciudades y amenazaba su reino, pidióle ayuda, igualmente que al de Algarbe, y sus huestes fueron derrotadas en las cercanías del rio Algodor por el valiente Ismail Dilum.

El príncipe Abdelmelik, hijo de Ben-Gehwar marchó á Sevilla, reclamó auxilios de Abed, y este, meditando la mas infuca de las alevosías dió sus instrucciones á su hijo Mohamed y su general Aben-Omar, y despues de hacer levantar el cerco de Córdoba á los toledanos, cuando los cordobeses salieron de la ciudad para perseguir á los enemigos, penetraron en ella los sevillanos, apoderáronse de las puertas, pusieron preso á Ben-Gehwar, que estaba muy enfermizo y que falleció á consecuencia de aquella infuca traicion, apoderándose tambien de su hijo que quedó ya tan gravemente herido en la lucha que sostuvo con los traidores, que sucumbió á los pocos dias á consecuencia, tanto de las heridas, cuanto del dolor que le causó tan infame traicion.



AL MOTACIN DISCUTIENDO CON LOS FAQUITES DE ALMERIA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO XXXVI.

A la dinastía de los Tadjibi de Zaragoza sucede la de los Beni Hud.—Almería.—Mohamed Al Motacin.—Excelentes cualidades de este príncipe.—Al Motahdi en Córdoba.—Sigue aumentando sus estados.—Sucedele su hijo Abul Casim.

Siéndonos sumamente importante para la comprensión de los acontecimientos que tuvieron lugar en la España cristiana, conocer las subdivisiones y el estado en que quedaron los reinos musulmanes despues de la caída de Hixem III, terminaremos este capítulo con los cambios y nuevas divisiones que sucedieron á la toma de Córdoba por la traición de Abed-Al-Motahdi.

El Monarca sevillano procuró granjearse el afecto de los cordobeses con fiestas y diversiones, consiguiendo á fuerza de dádivas y mercedes y con los espectáculos de fieras, que según observamos muy oportunamente un escritor moderno, es la primera vez que los mencionan las crónicas árabes, que el pueblo tan benéficamente gobernado por Gehwar y su hijo se aviniera y olvidara á sus bienhechores.

Mas la ambición de Al-Motahdi no estaba satisfecha con haber adquirido la mas rica parte del imperio cordobés; sus huestes hicieron distintas correrías por las tierras de Málaga y Granada y su territorio se ensanchó mucho mas á la costa de los de estos reinos y de los pequeños señores que dominaban en algunas reducidas comarcas.

En todas estas empresas guerreras, acompañaba siempre al Monarca sevillano su hijo Mohamed, el mismo á quien los astrólogos habian predicho que la estrella de su fortuna se eclipsaria cuando mas brillante estuviese, y por cierto que el joven Príncipe mostraba las mas felices disposiciones para el alto puesto que le estaba reservado.

El Rey de Málaga cuyos dominios habiale cercenado el de Sevilla, vióse al fin desposeido de su trono por su sobrino Mohamed-ben-Alcasin de Algeciras, mientras que Badis-ben-Habus que sucedió á su padre en el reino de Granada, mas afortunado que él, no solamente puso término á las correrías que el sevillano hacia por sus Estados, si que se le impuso en términos que no volvió á considerarle como enemigo.

Poco tiempo despues el ambicioso y sanguinario Abed-Al-Motahdi, el que no poseia otra circunstancia favorable que su valor, herido por la desgracia, sucumbió bajo el peso de ella.

Su hija mas querida, Thairah, dotada de una hermosura incomparable, enferma gravemente y aquel hombre que era falso, ambicioso, cruel y despótico, padre tierno y cariñoso, no pudo resistir al dolor de ver morir á su hija y dos dias despues la siguió al sepulcro.

A consecuencia de este acontecimiento su hijo, el del horóscopo desdichado, sucedióle en el trono tomando el nombre de Al-Motamid-Billah (el fortalecido ante Dios) y verdaderamente como ya hemos indicado, poseia cualidades altamente recomendables y que formaban un marcado contraste con las de su padre al cual ya hemos podido juzgar.

Valiente y generoso restituyó inmediatamente á sus casas á todos aquellos á quienes su padre desterrara, granjándose con esta medida la gratitud de sus súbditos y las bendiciones del pueblo que cada dia le amaba mas.

Era aficionado á la literatura y protegía en gran manera á los hombres de letras, gustando mucho del trato de los cristianos y judíos, por lo cual se le criticaba bastante.

Ocasión tendremos mas adelante de ver hasta que extremo le condujo su afecto hácia los cristianos, al ocuparnos de su hija Zaida á quien amaba con extremo.

Competidor del nuevo rey de Sevilla era el de Almería Al-Motacin tanto por su afecto hácia los hombres de letras, cuanto por su humanidad y dulzura.

Segun las historias árabes el principado de Almería, otro de los florones arrancados á la diadema de los Califas al empezar la disolución de su imperio, era de los mas poderosos y tal vez el mas bello de todos los Estados, que fuéronse declarando independientes.

En 1041 habia sucedido á Abal-Ahwar-Man, su hijo Mohamed que tenia catorce años, gobernando el Estado durante su minoría, su tio Abu-Othab-el-Zomadib.

El gobernador de Lorca sublevóse contra él y se declaró independiente á su vez, y cuando á la muerte del regente ocurrida tres años despues, tuvo Mohamed que tomar la dirección del gobierno, tomó el nombre de Almotacin.

Su corta edad y sus poco belicosas disposiciones impulsaron á sus vecinos á tomar de sus Estados lo que mejor les pareció, quedando estos tan cercenados que apenas si llegaban á mas que la capital y á un reducido número de pueblos.

Mas á pesar de esto, era tal la grandeza de aquella, que según los historiadores, la ciudad sola equivalía á un reino. Mas de cuatro mil telares de las mas preciosas telas funcionaban en ella, y una gran porción de fábricas de objetos de hierro, cobre y cristal atraian incessantemente á su puerto buques de Siria, de Egipto, de Génova y Pisa, exportándose en inmensas cantidades aquellos productos.

Al-Motacin sin ambición de ninguna especie, satisfecho con la ciudad que poseia, dedicábase á favorecer á sus súbditos, protegía las artes y las ciencias, honraba la religión, reuniendo un dia á la semana en su palacio á los fauques y cortesanos y conversaba con

ellos, discutiendo sobre los comentarios del Coran ó sobre las tradiciones relativas al Profeta.

Olvidaba fácilmente las injurias y refiérese de él una anécdota que basta por sí sola para que pueda formarse juicio de lo que era aquel Monarca, en una época en que casi ninguno dejaba de vengarse del que le ofendia.

El poeta Abul-Walid-al-Nihli, habia recibido muchas distinciones de Al-Motacin, y estando en Sevilla, para halagar al monarca Al-Motamid no vaciló en poner en ridículo á su antiguo bienhechor componiendo unos versos en que decia: *Ebu Abed ha destruido á los berberiscos, Ebu Man*, que era el Almeriense, *ha exterminado los pollos de las aldeas*. Al-Motacin lo supo, y cuando mas tarde el poeta creyendo ya olvidada su sátira fué á Almería, el Monarca le convidó á comer no presentándose en la mesa aquel dia mas que pollos condimentados de distintas maneras. Sorprendido Abul-Walid exclamó: «Pero señor, ¿no hay en Almería otros manjares que pollos?»

Entonces Al-Motacin le contestó:—«Otros tenemos, pero he querido haceros ver que os engañasteis, cuando dijisteis que Ebu Man habia exterminado los pollos de las aldeas.»

El poeta no pudo menos de quedar confundido, mas el Rey no solamente le tranquilizó sino que le dijo: «Un hombre de vuestra profesion no gana su vida sino obrando como vos: el solo que merece mi cólera el que os oyó recitar ese verso y sufrió que ultrajáseis á un igual suyo.» Y colmó todavía de dádivas al poeta.

Fuera de su protección á las letras y de su prudente y benigna administración, ningun otro acontecimiento importante caracteriza el reinado de este Monarca que disfrutó tranquilamente su trono hasta 1091 en que murió.

Ya dijimos que Yahia habia sucedido á su padre Almondhir en el emirato de Zaragoza. Diez y seis años duró su reinado sin que en todo ese tiempo hiciera nada notable, mas que la ayuda que prestó á Ramiro I de Aragon para que invadiese las tierras de su hermano, y de lo cual ya nos hemos ocupado.

Su primo Abdallah-ben-Hacam instigado tal vez por el walf de Lérida Suleiman-ben-Hud, provocó un motin en Zaragoza, á favor del cual asesinó á Yahia, quedando poco despues Ben-Hud reinando en Zaragoza.

De esta manera terminó la dinastía de los Tadjibitas en Zaragoza, siendo reemplazada por la de los Beni-Hud y los dominios del de Lérida se ensancharon notablemente con la adquisición de los de Yahia.

En 1061 Abdelmelik-Almudhaffar bajo la tutela de su pariente el rey de Toledo Al-Mamum, sucedió en el gobierno de Valencia á su padre Abdelaziz.

Al-Mamum habia sucedido en Toledo á Ismail-Dilnüm, y para que le representase en Valencia al lado de su pariente, nombró á Abu-Abdalla-Ebu-Abdelaziz.

Cuando Fernando de Castilla puso cerco á Valencia, el de Toledo creyó llegada la ocasion de realizar sus ambiciosos proyectos, para lo cual y á pretexto de que un príncipe tan joven no podría defender enérgicamente su territorio, se alzó con el reino valenciano, y cuando Fernando levantó el cerco de la ciudad según tendríamos ocasion de ver, el toledano regresó á su corte dejando encargada la custodia y defensa de Valencia á Abu-Bekr hijo de Abu Abdallah que habia muerto, el cual aleccionado ya por los repetidos ejemplos que viera, no tardó mucho despues que pudo disponer de los elementos necesarios, en declararse independiente.

De igual manera el trono de Badajoz habia cambiado de poseedor. Mohamed-ben-Afthas llamado Almudhaffar que le ocupaba, sucumbió, y su hijo Yahia apellidado Almanzor sucedióle en él.

Hízose costumbre y teníase á grande honra tomar el sobrenombre de aquel gran guerrero de Hixem el imbécil, y así vemos que muchos príncipes le usaban siquiera no se hubiesen hecho dignos de llevarle.

Un hermano de Yahia, llamado Omar-Al-Motawakil, quedó de gobernador de la plaza de Evora, y no tardaron mucho en desavenirse los dos hermanos, desavenencias que ejercieron su influencia bastante marcada en los asuntos de la España cristiana según veremos despues, hasta que finalmente Al-Motawakil destronó á su hermano y quedó reinando en Badajoz.

Como fácilmente puede comprenderse, en la relacion de los cambios verificados en los dominios musulmanes, nos hemos adelantado bastante á los años en que dejamos suspenso el relato de los acontecimientos ocurridos en la España cristiana.

Este adelanto según manifestamos ya, tiene el objeto de aclarar muchos hechos de que nos harémos cargo en los capítulos sucesivos, pues de no haberlo hecho así, habríamos tenido necesidad de suspender á lo mejor la narración de un suceso para dar antecedentes, respecto al cambio verificado en una comarca musulmana, cuyo monarca se hallara mas ó menos relacionado con aquel.

De este modo el lector conoce ya las causas, los monarcas musulmanes, las descomposiciones que se habian verificado en sus Estados, y que con mas facilidad seguirán la marcha de los sucesos que irémos relatando.



VISITA DEL REY D. FERNANDO I DE CASTILLA Á SU HERMANO D. GARCIA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.